

REVISION DE LA HISTORIA DE CHILE (1)

SERGIO VILLALOBOS R.
INSTITUTO DE HISTORIA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE
CASILLA 114-D
SANTIAGO - CHILE

El hombre interroga de nuevo al pasado buscando respuesta a sus inquietudes. Escribir una nueva historia implica superar los conocimientos manidos de siempre para buscar una nueva visión.

No tiene sentido repetir una vez más los datos y hacer una larga crónica de sucesos, sino que debe intentarse nuevos ángulos y métodos para alcanzar, finalmente, la interpretación. Es necesario encontrar el sentido íntimo del pasado para descubrir su proyección.

Esta posición es necesaria en un país como el nuestro -y quizás en cualquier país del mundo- donde la historia tiende a ser un saber anquilosado y pétreo, un conocimiento dado que nadie pone en duda y con el cual todos se conforman.

Existe una idea más o menos generalizada acerca de la inutilidad de la historia y es mucha la gente que la aborrece por el largo martirio que significó su aprendizaje. Otros sienten una profunda admiración por ella y creen que el historiador posee todos los arcanos de la sabiduría.

Ambas posiciones están equivocadas porque conocer el pasado es mucho más y mucho menos.

En cuanto a la inutilidad, soy el primero en afirmarla y cuando alguien, en el trato social, así lo afirma, me adhiero a esa opinión y agrego fundamentos, logrando de tal modo rebajar las

cosas a un plano de gran comprensión humana. Si todavía añado que es una disciplina aburrida y solemne, rodeada de una falsa dignidad, la comprensión es completa.

Cuando digo que la historia es inútil lo digo en un sentido práctico, porque de su conocimiento no deriva ninguna aplicación inmediata. No por conocer el pasado se va a incrementar algún rubro de producción, se va a componer la convivencia social o se van a producir efectos espectaculares.

No existe la utilidad que se espera de otras ciencias, como la economía, de la cual podrían obtenerse, hipotéticamente, muchas ventajas. Sé que es parte de la utopía, pero así se piensa.

No obstante, existe el cultivo de la historia y hay mucha gente que se dedica con ahínco a investigarla y enseñarla. Sería inexplicable que su estudio se hiciese por simple complacencia, para acumular conocimientos curiosos o pintorescos sin proyección ninguna. Creo que la historia tiene utilidad, en definitiva, pero su influencia es difícil de palpar y de definir, porque pertenece al ámbito de lo mental. Ella es una experiencia que enriquece nuestro pensamiento. Es, como siempre se recuerda, maestra de la vida. Por sobre todo, es formadora de criterio y nos permite afrontar las disyuntivas del presente. Para que ello ocurra, sin embargo, es necesario penetrar en la problemática íntima y dejar de lado la superficie, el formalismo y la repetición inerte.

Comprendo, también, el aburrimiento que la historia causa en la gente, especialmente la historia de Chile, cuya enseñanza, chata y sin relieve, ha desesperado a generación tras generación. En gran parte, ello se debe a que el pasado ha sido enfocado a través de simples relatos con información que hay que memorizar, en lugar de plantear problemas que inviten al análisis, la comprensión y la interpretación.

Temo que este defecto deriva de la índole de nuestra historiografía. He sido duro para criticarla; pero a la vez me confieso admirador de las grandes obras relativas a nuestra historia.

Admiro a la generación clásica de historiadores que con sus obras llenaron la segunda mitad del siglo pasado. Encuentro meritorio a Barros Arana con sus dieciséis tomos de la *Historia General de Chile*, a Vicuña Mackenna y su infinidad de obras rebosantes de entusiasmo y a los estudios sesudos y sistemáticos de Miguel Luis Amunátegui. En época algo posterior, es admirable, como esfuerzo de erudición, la labor de José Toribio Medina con sus cuatrocientos ocho títulos, que no sólo abarca al país sino al continente entero en temas muy variados. También son dignas de estimación las obras de Crescente Errázuriz y de Gonzalo Bulnes, de cuyo aporte somos todos tributarios, como asimismo las de otros autores que sería largo enumerar.

Todas estas obras deben ser entendidas en el marco de su época, de acuerdo con la filosofía y el método que las inspiraba. No sería justo exigirles las condiciones y categorías actuales.

Más discutible es quizás el estudio de la historia en nuestro siglo, por las tendencias interpretativas que han aflorado, haciéndola derivar al campo de las exageraciones y de las visiones tendenciosas.

Haciendo esta confesión de fe y entusiasmo por la historiografía tradicional, no puedo dejar de reconocer, sin embargo, que ella ha creado una imagen del pasado que no puede satisfacernos.

Hoy día, enriquecido nuestro pensamiento con nuevas disciplinas, nuevos puntos de vista, formas de pensar, sentimientos, experiencias que nos angustian, tenemos que exigirle a la historia mucho más.

¿Qué ha sido la historia tradicional? En primer lugar, una historia fundamentalmente política. El hacer consciente del ser humano desde arriba pareciera ser la trama que mueve todo el proceso histórico. Se ha hecho una división de la historia que es política: Conquista, Independencia, Anarquía, República Conservadora, República Liberal, y todavía se ha llegado a definirla en términos constitucionales, como Epoca del Parlamentarismo o, luego, de la Epoca Democrá-

tica o del Reformismo Democrático.

Se ha dividido la historia por gobiernos. Un gobierno tras otro. No sé cuántas fueron las generaciones martirizadas por los profesores estudiando "la obra educacional del gobierno de Bulnes", "la labor económica del gobierno de Montt", y no sólo eso sino que se hacía la historia de cada elección y de cada ministerio, suficiente como para terminar con la mejor voluntad hacia el estudio del pasado.

Esta historia política ¿por qué se la ha practicado? En primer lugar, porque los hechos políticos son los más notorios, aquellos que percibimos con facilidad, tienen acontecimientos, hay elecciones, hay dictación de leyes, aparece el término de un período gubernativo, la designación de un ministro, en fin, todas connotaciones que se perciben fácilmente a través de la documentación. Pero eso no basta para que sea motivo de interés, y menos para que sea la historia política la que estructure todo el conocimiento del pasado. Por el mismo hecho de ser una historia política, ha sido una historia de los gobiernos.

Pareciera haber una confianza absoluta en la acción de los gobernantes y de los estadistas, como hambres que abren cauce a la historia. Pero uno se pregunta si realmente son los gobiernos los que hacen la historia o si la historia transcurre a pesar de los gobiernos.

Creo que es esto último, afortunadamente.

Si pensamos en la historia política cabe atribuir importancia a los gobiernos; pero si hacemos una historia más amplia, que incluya todos los aspectos del acontecer, la periodificación gubernativa se hace insuficiente.

Tomemos como ejemplo la historia social. ¿Qué gobierno creó la clase media? o ¿qué gobierno creó la conciencia de clase en el proletariado? Por supuesto que ninguno, porque esos son fenómenos de una dinámica propia de la sociedad que no la maneja nadie en forma

consciente. Si uno piensa en la historia económica, ¿la crisis del salitre o los problemas del cambio y de la política monetaria a comienzos de este siglo, eran la expresión de una tarea gubernativa o se debían, sencillamente, a grandes procesos económicos que vivía el mundo, que vivía el país y que tenían que transcurrir indefectiblemente?

Estos ejemplos dejan ver que encerrarse en períodos gubernativos y aun en épocas más amplias definidas políticamente, es un método inapropiado para captar las grandes tendencias históricas e impide, por último, entender la historia.

Un tema que se presta bastante bien para dilucidar el problema de la historia política y gubernativa es el relativo a la incorporación de la Araucanía.

Se cree que fue la acción organizada en el gobierno de Manuel Montt y en el de José Joaquín Pérez la que produjo la incorporación final del territorio araucano, sin atender a los grandes procesos que vivían el país y el mundo, requiriendo de la ocupación de todas las tierras fértiles que pudiesen entrar en explotación.

Tampoco se ha dado importancia a la penetración espontánea que venía realizándose desde la época colonial, ni a las diversas formas del contacto pacífico-comercio, mestizaje, actividad misionera y transculturación- que habían creado una convivencia fronteriza, mucho más importante que el avance de las armas.

Quiero poner otro ejemplo, y discúlperme que recurra a ejemplos, porque los considero esenciales para entenderse. Cuando se habla en abstracto todos estamos de acuerdo, pero cuando hay que poner los puntos sobre las íes aparecen las contradicciones y viene a resultar que habíamos entendido las cosas de una manera distinta.

Pongamos un caso parecido al de la Araucanía, el de la colonización de la Región de los Lagos. También pareciera ser que los gobiernos del siglo pasado tuvieron preocupación por incorporar esta parte del territorio y arbitraron los medios para que ello

ocurriera. Se recuerda que Vicente Pérez Rosales fue designado agente de colonización; se recuerda su vida aventurera, pintoresca y su tenacidad. Así el fenómeno aparece explicado suficiente. Pero quién se ha preguntado ¿por qué realmente incorporar la Región de los Lagos? ¿Dónde está la explicación del hecho? Es ahí donde tenemos que recurrir a elementos dinámicos de otro tipo que realmente expliquen el fenómeno. Yo diría que hay que partir de la historia universal, con el aumento de la población europea, la pauperización de masas campesinas y del proletariado a raíz de la Revolución Industrial, la escasez de alimentos, el aplastamiento de los movimientos sociales de 1830 y, principalmente, de 1848, que lanzan oleadas de gente descontenta hacia los puertos de emigración. Precisamente, la gente viene de las regiones convulsionadas por los hechos políticos y de las regiones pobres como España, el sur de Italia y partes de Alemania.

Eso es parte de la historia europea y, en un sentido más general, de la historia universal.

Está presente, también, la necesidad de alimentos, el precio que comenzaban a cobrar en Europa el trigo, la carne y otros productos requeridos por las masas consumidoras que aumentaban y que determina, así, el avance argentino por la pampa, por ejemplo, la marcha norteamericana hacia el Far-West, la colonización de Australia, Nueva Zelandia y de ciertos territorios de Canadá.

Esto es parte de una historia universal, sin la cual no podemos entender el trayecto histórico de nuestra nación. Y aquí llego a otro punto que deseo recalcar: nuestra historia es insuficiente para explicar los hechos propios. Nuestro país va a remolque de la historia mundial.

No nos hagamos ilusiones, ésta es la historia de una aldea.

Sin embargo, para explicar nuestro acontecer también hay que atender a circunstancias internas que, como fenómenos profundos, tienen mayor pujanza que las medidas gubernativas.

No podemos olvidar la presión demográfica, marcada por la pobreza, que se dejaba sentir en la región fronteriza de Concepción, de donde salieron mestizos y aventureros que se instalaron en tierras de la Araucanía, Valdivia y Llanquihue. Tampoco hay que desentenderse de un fenómeno olvidado por todos: el aporte de los chilotos, sufridos y misérrimos, carentes de trabajo, para quienes la colonización abrió nuevas posibilidades. Si en los primeros momentos la colonización de los Lagos fue realizada por escasos grupos de alemanes, que llegarían a sumar algo más de cuatro mil individuos, hubo también una participación de más de veinte mil chilotos.

Así tenemos todo un conjunto de hechos económicos, sociales y demográficos, de carácter local y mundial, que explican los fenómenos colonizadores.

En los ejemplos anotados me parece que habría habido incorporación —como ya estaba ocurriendo— con o sin decisiones políticas; aunque a la vez debe reconocerse que las disposiciones gubernativas facilitaron el proceso o le dieron remate.

Planteadas así las cosas, llegamos a una historia de problemas, en que no hay solamente un relato, sino también un análisis, una confrontación de explicaciones en que se barajan diversos factores, y la obtención de deducciones que nos permiten pensar el pasado.

Más adelante volveré sobre este aspecto.

También ha habido en nuestra historiografía una fuerte preocupación por los elementos jurídicos como orientadores del acontecer. En ello subsiste el formalismo que heredamos de la Colonia y la confianza en la virtud de la ley para operar transformaciones.

Sin embargo, no hay historia más falsa que la que concede gran importancia a los cuerpos jurídicos. Si uno toma la legislación de cualquier país del mundo llega a la conclusión de que ese país es ideal, una verdadera utopía, por la gran sabiduría de sus leyes, sus normas y su organización. Sin embargo, sería una conclusión falsa, porque bien sabemos que la ley tiene un cumplimiento circuns-

crita, se la tergiversa o se la practica a medias, de suerte que la voluntad normativa no explica realmente el acontecer.

Si tomamos, para seguir con los ejemplos, la legislación española dictada por la Corona castellana para proteger al indígena americano, podemos reconstruir un verdadero paraíso establecido en América. Es lo que hace Jaime Eyzaguirre en sus trabajos cuando analiza la obra de España: se está basando en las buenas intenciones de la corte, en la acción de unos cuantos funcionarios y en la sabiduría de sus leyes. Pero ¿cuál es la realidad de la vida del indígena americano? El trabajo, la violencia, el sufrimiento, el vicio y el exterminio marcaron su existencia.

No debe confundirse la buena intención legislativa con lo que realmente ocurrió.

Con todo, no quiero negar que la norma jurídica tenga algún efecto, porque en caso contrario nada habría podido organizarse y se habría vivido en el caos absoluto.

Otra característica de nuestra historia ha sido la visión militar o heroica, que se la difunde desde la escuela básica y se la recalca en forma pública de manera altisonante.

En esa visión influye poderosamente el patriotismo que, no sólo usa la historia, sino que abusa de ella y termina distorsionándola. Basta andar por los paseos públicos para ver cómo la estatuaría realza a los hechos bélicos y a los héroes. Se procura, incluso, que éstos estén a caballo. Es una visión ecuestre de la historia.

Todos somos patriotas, pero éste es sólo un sentimiento y una virtud ciudadana, de ninguna manera un método de la ciencia, cuyo único objetivo es la búsqueda de la verdad. Mientras no se entienda esto, la historia seguirá siendo una imagen deformada. Yo envidio a la fisiología, la botánica o el cálculo infinitesimal, que se desenvuelven libremente, sin intenciones morales dignificantes.

En todo caso, es necesario comprender el acontecimiento bélico,

despojándolo de la exaltación y ateniéndose únicamente a los objetivos científicos.

Si tomamos el caso de la Guerra del Pacífico ¿podría satisfacernos la descripción de sus episodios y el relato de los hechos heroicos? ¿Podemos quedarnos sólo con eso y repetirlo hasta el aburrimiento? ¿Tiene algún interés, fuera del campo del especialista, ahondar en tecnicismos, como saber el tipo de fusil de tal o cual cuerpo, las fallas del cañón Armstrong y su reemplazo por otro?

A mi juicio, lo que realmente interesa es entender el fenómeno bélico en la perspectiva general de la historia. Saber cómo los hechos arrastraron a tres naciones a la Guerra del Pacífico, entender los intereses encontrados frente a las riquezas del desierto, el juego de la diplomacia, el impacto de la crisis económica de 1878, la orientación del quehacer chileno hacia las tierras en disputa, etc. También interesa captar las proyecciones del conflicto, en el orden territorial, social y económico, en el estilo de vida y el *ethos* nacional, la intranquilidad internacional y el armamentismo y, finalmente, en la exacerbación del patriotismo.

Sólo de esa manera puede calibrarse en forma adecuada la comprensión del aspecto bélico.

Nuestra historia ha sido capitalina y aristocrática: ha sido hecha en Santiago. Los historiadores generalmente fueron personas de cómoda situación económica y estuvieron ligados a la aristocracia o formaron parte de la burguesía intelectual surgida al calor de las nuevas empresas en el siglo XIX.

Como historia capitalina, ha sido historia política, gubernativa y legal. Se ha creído que todo el país funcionaba de acuerdo con las palpitaciones de ese gran corazón que es Santiago, de modo que lo que ocurría en provincias tenía poca importancia, carecía de relieve, era una historia más pobre y nadie se preocupó de tener una visión territorial. ¿Qué sabemos, me pregunto yo, de los últimos grupos aimaras que viven en las quebradas de Tarapacá? ¿Qué ha ocurrido con los pescadores de Chiloé? ¿Cómo ha sido la existencia

del ovejero de Magallanes? ¿Cuáles son sus ideas, su cultura, su esperanza, su participación o su marginalidad? No nos hemos preocupado de ello.

Desgraciadamente, la historia que se cultiva o que se ha cultivado en provincias, porque ahora hay cambios importantes, ha sido una historia anecdótica guiada por lo que yo denomino "la épica provinciana". Se exaltan las figuras locales, el alcalde que inauguró una pileta, la belleza de un paisaje. Cada ciudad tiene su "Hijo Ilustre". No sé si Temuco lo tenga, como es ciudad tan nueva, pero si no lo tiene ya lo descubrirán.

Leyendo tantos libros sobre nuestro pasado pareciera que todo ha sido hecho por el alto grupo de la sociedad, aquellas cien familias que ventilaban los asuntos en las tertulias, los corrillos, el Club de la Unión o los pasillos del Teatro Municipal. La política se definía en esos pequeños sectores, donde todos eran parientes. Vicuña Mackenna dice que Santiago no era una ciudad de ciudadanos sino de parientes, porque ése era el mundo que él percibía y la historia parecía tener eficacia en función de ese grupo.

En nuestra historia también está implícito o explícito una especial valorización del personaje a quien se atribuye un papel fundamental como agente de los cambios. Los grandes personajes aparecen como orientadores del rumbo histórico o creadores de él.

Así como la historia política es fácil de percibir, también la acción del personaje es fácil de captar. El personaje nace un día y muere otro, se casa, asciende, es un hombre activo, tiene éxito, realiza tales tareas, todo perfectamente definible en la documentación. Además, el personaje tiene el atractivo de una vida humana ¿y quién no siente sensibilidad frente a lo que es un ser humano, sea de la más grande envergadura, de los más finos sentimientos, o sea un personaje presa de un *phatos*? Hasta Robespierre o Hitler son personajes interesantes dentro de la maldad básica en que se desarrollaron. Ahora, si se trata de un héroe, de un hombre que lo dio todo y que murió en situación desgraciada o como víctima, entonces la figura del personaje se realza aún más.

El personaje ha sido también llamado el héroe, así lo definió Carlyle, pero se refería al gran individuo, no era simplemente el hombre valiente de tipo militar. El personaje podría ser el sabio, el empresario, el estadista, el político, el científico, cualquiera. Pero es indudable que cuando se piensa en los personajes se piensa en hombres de acción.

En la enorme preocupación por el personaje, se llega a identificar grandes etapas de nuestra historia con la vida de un personaje. La Conquista es la empresa de Valdivia, la Independencia será la empresa de Carrera o de O'Higgins, la organización de la República es la tarea superior de Portales, en lo cual hay un sofisma evidente, el movimiento de 1920 es la tarea de Arturo Alessandri Palma.

Yo me pregunto si sin la presencia de Valdivia no habría habido conquista. ¿Habría desaparecido el conjunto de conquistadores que sobaban en el Perú y que necesitaban incorporar otros territorios para hacerse señores de ellos? ¿Se habría frustrado el deseo de ganar riquezas y de extender la soberanía del rey?

La respuesta me parece obvia.

También podríamos preguntarnos si en la primera mitad del siglo actual sin la acción de Arturo Alessandri no habría habido un triunfo del movimiento social. Si no se habría planteado una nueva política económica de resultados de la crisis que embargaba el país. Si tarde o temprano no se habría realizado una reforma política para subsanar los males morales en que se debatía la cosa pública.

Creo que la respuesta también es obvia.

Para aclarar este problema del personaje, yo diría que el personaje es como el guía de una embarcación en un río correntoso. El río lleva la embarcación, es el gran proceso histórico. El personaje es el piloto audaz, clarividente, que sospecha los peligros, las rocas sumergidas, los rápidos, y que va guiando la nave para que vaya con mayor seguridad y conducirla adelante; pero él no es

la fuerza que la mueve, es el río, es la historia entera de un pueblo.

También se ha creído que la voluntad consciente del conglomerado humano es suficiente para marcar una dirección histórica; mas no siempre ha sido así.

Aquí me asaltan muchas dudas, en primer lugar porque los contemporáneos jamás captan la totalidad de la realidad y equivocan sus decisiones.

Todo nuestro conocimiento es indirecto. ¿Qué sabemos exactamente de nuestro país en este momento, por ejemplo? ¿Sabemos exactamente cuáles son las tendencias, qué es lo que pasa aquí y cuál es el problema de allá? Todo nuestro conocimiento es indirecto, por la prensa, la radio, la televisión, lo que conversamos, y el hombre se equivoca al juzgar su realidad y ejerce la voluntad a veces en forma equivocada. El mejor ejemplo es el de 1810: los criollos chilenos percibían la realidad colonial, que ni siquiera llamaban colonial porque era una provincia perteneciente a la corona española. Tenían críticas, había motivos de descontento, pero cuando concurren al cabildo abierto del 18 de septiembre a ninguno se le pasó por la cabeza la idea de independencia. Esos cuatrocientos y tantos súbditos prominentes fueron con el deseo de conservar Chile para el muy amado rey Fernando VII. Sin embargo, ese gesto voluntario de lo mejor del país, de la gente culta, de la que tenía consciencia, de la que tenía poder, a los pocos años se convirtió en un movimiento emancipador. Es decir, la historia los llevaba por un rumbo que no conocían, que no captaban y ejercieron mal su voluntad. No pudieron oponerse al sentido de la historia y el país llegó a ser independiente.

Entre las virtudes y defectos de la historiografía chilena ha estado el método positivo, limitado al conocimiento minucioso de los datos, sin interpretarlos.

Desde las enseñanzas de Andrés Bello y el ejemplo de Claudio Gay en su *Historia física y política de Chile*, se estableció como

una norma que era peligroso sintetizar la historia, buscar sus líneas fundamentales e interpretarla. Había que atenerse a los hechos o historia *ad narrandum* o historia narrativa.

A esta tarea se entregaron los historiadores, por lo menos hasta mediados del siglo actual; aunque con anterioridad Alberto Edwards, en *La Fronda Aristocrática*, había interpretado el trayecto político de la época republicana.

El mayor esfuerzo interpretativo, sin entrar a analizar su validez, está representado por la *Historia de Chile* de Francisco Antonio Encina. También deben recordarse los diversos ensayos de Jaime Eyzaguirre, sin pronunciarse tampoco sobre su validez.

Interpretar la historia es la meta máxima que puede tener un historiador. Conocer los hechos por los hechos no tiene sentido ninguno; si nos quedásemos ahí seríamos una especie de anticuarios del intelecto. Tendríamos un bazar pintoresco en la cabeza, tan curioso como inútil. Sólo el que puede elevarse por encima de la información y pensarla es un verdadero historiador.

Nuestra historia se ve agravada también por el mito y el culto totémico. Estas categorías antropológicas me sirven para explicitar algunas cosas. Hay ciertos temas que configuran una leyenda, como el gran pasado marítimo de Chile.

¿Quién no cree en ese mito? Siempre se repiten de manera vaga apreciaciones sobre aquel gran pasado, que provienen de unos cuantos datos dispersos más que de información sistemática. Me parece, también, que el mito se alimenta de la esperanza en un gran futuro marítimo y por eso se mencionan antecedentes que no existen.

Sin embargo, hay muchas cosas que no se dicen. Por ejemplo, no se menciona que no había ninguna tradición marítima en la Colonia, y cuando el país tuvo que crear una primera escuadra nacional tuvo que comprar los barcos a un precio exorbitante y contratar la tripulación, de almirante hasta marinero. La Escuela Naval ha sido fundada tres veces, lo que nos habla de otros tantos fracasos.

Cuando se libró la guerra contra la Confederación Perú-boliviana hubo que contratar barcos ingleses. La Guerra del Pacífico, en fin, nos encontró en mejor pie. Pero se cree también en una pujanza económica en el mar y se cree que Chile tuvo una marina poderosa y que los hombres de mar emprendieron una tarea extraordinaria. A ello han contribuido los literatos, los poetas y los pintores. Se cree que los marineros chilenos, por ejemplo, cruzaron el gran Pacífico y llevaron nuestra bandera a la China, el Japón y la India. Se alude al comercio con la Polinesia y se hablan maravillas de tal o cual expedición. No se ha reflexionado que quizás el hecho de mencionar tal o cual expedición está hablando de la rareza de esas expediciones.

Pero todo esto podría ser muy subjetivo. Vamos a las estadísticas. ¿Cuál fue el comercio de Chile en el gran Pacífico en el siglo XIX? Menos del uno por ciento de todo nuestro comercio exterior. Es decir, no hemos tenido ninguna influencia económica en el Pacífico. Pero el mito existe. Y es peligroso rebelarse contra él por que se transforma en un tabú.

Hay gente que no está dispuesta a escuchar la verdad y se aferra al mito por inercia mental o razones ajenas a la exigencia de la historia. En tal ambiente, la furia de los dioses puede desencadenarse sobre el pobre conferenciante.

También existen en la historia las figuras totémicas, como Lautaro o Portales, que cuentan con adoradores y hechiceros que exaltan sus virtudes. La tribu acepta y se somete a la creencia y pobre de aquél que con espíritu crítico se alce contra ella.

Todavía existe el fenómeno de la transferencia totémica, en que grupos o personajes se atribuyen las características del tótem.

¿Qué hacer con toda esta visión tradicional de la historia que he venido bosquejando?

Es evidente que desde el siglo pasado la historiografía

ha hecho aportes sustanciales, pero a la vez se experimenta la necesidad de métodos nuevos y, por sobre todo, de enfoques que estén a la altura del tiempo presente.

Cada época tiene una visión de la historia. Todo estudio del pasado se hace desde el presente, con método, sensibilidad y criterio actuales. Ello no significa atentar contra la objetividad y la obligación de entender las épocas pretéritas de acuerdo con sus propias categorías. El hecho epistemológico es que cada vez tenemos mejores fuentes y herramientas para desentrañar la verdad y, lo que es más importante, más variados y profundos puntos de vista. Una cultura enriquecida permite ver en la historia nuevos aspectos y comprender significados que hasta hace poco eran insospechados.

En el conocimiento del pasado chileno podemos encontrar una sucesión de visiones de acuerdo con el método y la mentalidad reinantes. Durante el período colonial, los cronistas, simples anotadores de datos, vieron la historia como una manifestación del plan divino y del cumplimiento de la tarea de España. Eso no satisfizo en el siglo XIX, en que se desarrolló un método científico de investigación y los historiadores estaban imbuidos de la filosofía liberal. Veían la trayectoria del hombre, de acuerdo con Hegel, como "una marcha constante hacia la conciencia de la libertad". La historia era una búsqueda de la libertad, intermitente y con caídas, pero siempre un esfuerzo hacia adelante, que iba redimiendo al ser humano de las trabas que impedían su perfeccionamiento.

En el siglo actual, sin descartar por completo las visiones precedentes, porque en el pensamiento el acervo se continúa, la historia ha tomado un carácter de ciencia social.

No creo que se pueda descartar la historia como parte del humanismo, porque el papel del individuo humano y de su espíritu creador en el plano de la cultura superior tienen eficacia orientadora.

Simplemente, se trata de reconocer la importancia de los hechos sociales, económicos, antropológicos y otros, en el acontecer histó-

rico, de modo de descubrir todas las facetas del pasado y comprenderlo mejor.

En nuestra época se ha desenvuelto una amplia conciencia de la importancia de los hechos sociales, sea por el auge de las ciencias que los estudian, como por el pensamiento político que centra en ellos su más fuerte preocupación.

Los historiadores han recibido de las ciencias sociales muchas contribuciones fundamentales, ya sea en la definición de categorías como en el método de investigación y las posibilidades interpretativas. Se ha podido, así, estudiar la realidad pasada con claridad conceptual y con técnicas de ordenamiento y elaboración de datos que anteriormente no eran valoradas o de los que no se sabía extraer conclusiones fidedignas.

Quiero ofrecer algunos ejemplos para andar con paso seguro.

Anteriormente, cuando se describió la sociedad colonial, se mencionaban tales o cuales "clases sociales", aplicando inadvertidamente un concepto que no calza con la realidad de aquella época. Se cometía, además, el error de anotar como clases a sectores raciales, en que lo determinante no eran las características sociales generales, sino la condición étnica. En equivocaciones de esta índole cayeron, entre otros, Domingo Amunátegui Solar y Jaime Eyzaguirre, que eran ajenos al pensamiento sociológico.

Hoy día, después de los aportes fundamentales de Max Weber y otros sociólogos, tenemos una conceptualización que permite trabajar con líneas más claras. Resulta impropio hablar de clases sociales en una época en que no existía un libre juego entre los sectores sociales y la movilidad social era muy reducida. Más adecuado es hablar de estamentos, dado que las normas jurídicas separaban irremediablemente a los sectores sociales; pero a la vez debe tenerse en cuenta que no era una estructura estamental claramente definida y que la coloración étnica matizaba toda la escala, agregando un elemento extraño que el historiador debe tener en cuenta antes de definir las categorías.

Debe llegarse así a un compromiso entre la sociología y la historia, porque esta última, como disciplina de lo singular no puede aceptar enteramente los conceptos generales de la primera. El historiador debe ser descriptivo en su técnica y debe procurar la elaboración de un lenguaje propio.

Si atendemos al refinamiento del método, podríamos encontrar buenos ejemplos en la historia económica, que emplea técnicas similares a los estudios económicos actuales. La cuantificación es utilizada para captar fenómenos que antes eran percibidos de manera demasiado general y no pocas veces distorsionados. Al mismo tiempo se relacionan los fenómenos y se les interpreta de acuerdo con la teoría económica.

Debido a las exigencias metodológicas los temas estudiados son cada vez más reducidos en su extensión y requieren de investigadores muy especializados. No es extraño encontrar personas que están estudiando los precios y salarios en un período de sólo veinte años en una determinada región o quien investiga sobre las variaciones de la balanza comercial con Argentina en medio siglo.

Cada historia especial —como la economía, social o demográfica— ha elaborado mucho sus métodos y ofrece resultados precisos y confiables. Pero esas mismas ventajas conllevan el peligro de la especialización excesiva, el encierro y la pérdida de la perspectiva general.

Tenemos investigadores que entienden sólo de historia económica y que van limitando su campo cada vez más. Habrá el que estudie solamente la economía del país en el siglo XVIII, pero no todos sus aspectos, sino exclusivamente el comercio externo.

Se va cumpliendo, así, aquella definición que dice que el especialista es el que sabe cada vez más y más acerca de menos y menos.

En el vasto campo de la historia los especialistas ya no se entienden. Si a un historiador especializado en el comercio entre España y sus colonias se le pregunta su opinión sobre la aspereza

temática en la pintura de Goya, quedará sorprendido y no sabrá qué responder. Se limitará probablemente, a decir que lo único que sabe es que pintó sus majas y unas escenas de toros. No podrá entender la crítica social del pintor, el predominio de elementos irracionales y la crueldad para retratar una corte decadente en medio de la crisis del imperio.

Se llega de esta manera a una situación peligrosa en el estudio de la historia, cual sería la disgregación por especialidades y la incompreensión del cuadro general.

Las historias especiales son muy importantes para profundizar en cada temática; pero existe una sola Historia, con mayúscula, que engloba todo y es, en definitiva, la versión cabal del pasado.

Para superar la historia tradicional y recoger las nuevas tendencias sin caer en sus extravíos he planteado en nuestro país una historia de los grandes procesos, en que todos los temas sean estudiados en su propia dinámica y en forma paralela dentro de cada época.

Como grandes procesos incluyo al económico, el social, el cultural y el político, que deben encerrar toda la realidad. Su estudio implica un planteamiento de problemas, análisis, síntesis y conclusiones, quedando relegado a segundo plano el simple relato cronológico. A la vez, se trata de estudiar los cambios en el largo plazo, reduciendo a espacios mínimos los eventos o acontecimientos. Siendo los grandes procesos fenómenos masivos y anónimos, el papel de los personajes es también reducido y desaparece casi por completo en los aspectos económicos y sociales. En cambio, están de alguna manera presentes en los de orden cultural y político.

Hago aquí una pequeña salvedad. Creo que en el panorama amplio de la historia universal los grandes pensadores han tenido influencia decisiva. Basta recordar las figuras de Aristóteles, Santo Tomás, Adam Smith y Karl Marx, para comprender el papel de los grandes intelectuales. Pero como tratamos de la historia de Chile, es decir, de una realidad muy limitada, es impropio abundar en el tema.

Cuando menciono los grandes procesos en cierto orden —económico, social, cultural y político— no estoy planteando una determinación de los primeros sobre los últimos, sino sólo un orden de importancia o, por lo menos, una disposición sucesiva que facilita la comprensión.

Es fundamental, además, entender que los diversos procesos se influyen mutuamente, existiendo una interrelación, en que sería imposible establecer cuál orden de fenómenos precedió a los otros. Se trata, en verdad, de una madeja enredada, en que el historiador separa los hilos sólo para efectuar un estudio coherente.

Dentro de una nueva visión de la historia, la interpretación es fundamental. Ya no es la simple narración con infinidad de datos lo que más interesa, porque eso sería sólo un cúmulo de conocimientos dirigidos a la memoria, en una tarea absurda y sin alcance, sino que se deben buscar la síntesis y las grandes líneas para meditar el pasado y comprenderlo a la luz de la inteligencia.

Por supuesto que la historia interpretativa es peligrosa y por eso mismo quizás más atractiva; porque en la interpretación influyen muchos factores: la filosofía del historiador, su religión, lo que ha sido la vida para él. Pero habrá que tener la honradez de atenerse a una objetividad mínima que emana de las fuentes históricas. Objetividad absoluta es una meta imposible, lo sabemos, pero es una meta que aunque imposible debemos tratar de lograrla. Lo peor es cuando la historia es interpretada políticamente, por corrientes de cualquier signo, porque ahí viene la pasión, se exagera ella y se tergiversan los hechos con absoluta impudicia.

Toda esta preocupación por la historia y el esfuerzo de investigarla y estudiarla ¿para qué sirve? ¿La historia no es, acaso, inútil y aburrida, por añadidura?

No creo que sea así. A mí, por lo menos, me fascina como preocupación por la verdad y me entretiene.

Estoy por afirmar que todo lo que se comprende es entretenido.

Existe una confesión del notable historiador francés Marc Bloch en su *Introducción a la Historia* en que, con gran sinceridad, anota que se dedicó al estudio de la historia por el hecho intrascendente de que le entretenía. Y eso es la primera actitud que embarga a todo historiador. Posteriormente llega la obra científica plenamente consciente de sus fines.

Esta es una verdad enorme y es la que conduce a todo científico. El biólogo estudia la biología, antes que nada, porque le entretiene y, crémoslo o no, el matemático disfruta con los números.

En todo ello hay una complacencia por absorber información; pero lo que acentúa el atractivo y el placer de conocer es llegar a la comprensión, esto es, ejercer la inteligencia y ampliar el pensamiento.

Es lo que ocurre con el estudioso del pasado. Si nos llenan la cabeza con datos puede que no alcancemos un verdadero placer o que lisa y llanamente nos aburramos. Pero en la medida en que empezamos a captar fenómenos y procesos con toda su problemática, los entendemos inteligentemente y nos entretenemos. Placer y entendimiento van de la mano en la ciencia.

Es por esa razón que la actividad de los verdaderos historiadores no es un simple trabajo o forma de ganarse la vida, sino que se transforma en una entretención, un *hobby*, una satisfacción, una obsesión y una misión.

Las consideraciones que he hecho en esta tarde nos prueban que es necesario abordar la historia con una nueva visión, que por supuesto no es enteramente nueva, sino que ya ha tenido el aporte monográfico de diversos investigadores.

En la medida de mis fuerzas, he pensado que la tarea es urgente y he emprendido la publicación de una historia del pueblo chileno, que obedece a los planteamientos ya señalados.

Es una historia de los grandes procesos, que abarca al país entero y a toda su gente. Ahí estarán el estadista y el religioso, el obrero y el empresario, el analfabeto y el sabio, el indígena olvidado, el marino y el campesino, cada ámbito geográfico con sus problemas, la vinculación con la historia universal y el localismo.

Es una historia interpretativa más que descriptiva, con el objeto de que se la piense y sirva como experiencia, porque éste es el fin último de la historia. No estudiamos el pasado por el pasado ni nos quedamos complacidos en el tiempo remoto, sino que recurrimos a él a fin de acrecentar nuestras ideas y criterios para apuntar, en definitiva, al futuro. Sólo de esa manera se justifica cualquier ciencia.

En suma, ése es el sentido de la **Historia del pueblo chileno**. Una historia de todos los que fueron, para todos los que somos y para todos los que vendrán.

Nada más.

NOTAS

1.

Conferencia pronunciada por el autor el día 7 de noviembre de 1983 en la Sede Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile, durante la Quinta Semana Indigenista. (Versión grabada).